

»¿Dónde están los que á un templo dedicados  
en Méjico, cual turba de corderos,  
sesenta mil cayeron degollados  
ante los pies de vuestros dioses fieros?  
No les valió en su afán á los cuitados  
la santa inmunidad de prisioneros;  
así juntando en amalgama impía,  
con la vil crueldad, la cobardía.

»El Dios que os impondrá nuestra milicia,  
en virtud ha erigido la paciencia;  
mayor que su rigor es su justicia;  
mayor que su justicia es su clemencia.  
Por él, arrepentida la malicia,  
hermana vuelve á ser de la inocencia.  
¡Un Dios que sólo al sacrificio atiende!  
¡Un Dios que de la ofensa no se ofende!»

Calló la CARIDAD. Y á un sol brillante  
Colón la tierra con placer mirando,  
sellar en ella el pie quiere arrogante  
en nombre de Isabel y de Fernando.  
Cambia el mundo de faz, y en el instante  
del sistema solar la ley trocando,  
así dijo la FE, por Dios enviada,  
entre el sol y la tierra colocada:

— Párate, — dijo, — ¡oh sol! alto aquí haciendo,  
queda por siempre tu misión cumplida;  
á cuanto ves desde hoy darás luciendo,  
muerto é inmóvil, movimiento y vida.  
Serviste ayer la idolatría huyendo,  
y en perpetuo castigo de tu huida  
te condena á estar fijo eternamente,  
por falso dios el Dios omnipotente! —

Y añadió vuelta hacia el opuesto lado:  
— Y tú, globo terráqueo, Prometeo  
á un invisible Cáucaso aherrojado  
por la fuerza mental de Tolomeo,  
el Hércules Colón, tan esforzado  
que engendra un continente de un deseo,  
de tu eterna prisión librate anhela,  
rompe tus hierros, cerca el sol, y vuela. —

Era el momento aquel en que mandando  
armar los botes, salta, é iza triunfante  
el pendón de Isabel y de Fernando,  
vestido de escarlata el Almirante.  
Van en tropel los botes asaltando.  
Bogan... Ya llegan... Dentro de un instante  
de la ENVIDIA fatal pese á la guerra,  
sin morir de placer pisarán tierra.

Y bogan más... Llegaron. En el acto  
Colón la enseña de Castilla abarca,  
y el Nuevo Mundo, desde Adán intacto,  
grande el primero con sus plantas marca.  
La tierra, electrizada á su contacto,  
se estremeció en el éter, como barca  
que asalta el pescador, y ella intranquila,  
haciéndose á la mar trémula oscila.

Y suelta ya, de libertad avara,  
mientras se fija el sol levanta el vuelo,  
y á un tiempo así la humanidad ve clara  
la verdad en la tierra y en el cielo.  
Y entre tanto que el sol su curso pára,  
de sus entrambos polos roto el hielo,  
la tierra, como fúlgido topacio,  
libre en torno del sol cruza el espacio.

Y contemplando al genio que en un día  
de la tierra y del sol cambia el gobierno,  
la ENVIDIA, la IGNORANCIA é IDOLATRÍA  
tornáronse espantadas al Infierno.  
La gente en tanto una oración envía,  
hincada de rodillas, al Eterno.  
Vuélvense á su mansión de bienandanza  
la FE, la CARIDAD y la ESPERANZA.

Fué entonces cuando el orbe vió espantado  
rodear el globo al cetro de Castilla,  
como un grano de arena abandonado  
que en lo infinito del espacio brilla.  
Y entonces fué cuando observó admirado  
Copérnico, del Báltico á la orilla,  
que un inmóvil poder al sol aferra,  
y que en torno del sol gira la tierra.



## JORNADA PRIMERA

### Personajes principales

SOLEDAD  
JESUS EL MAGO  
PAZ, madre de

HONORIO y de  
PALACIANO

### ESCENA I

#### La aparición

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de un convento*

#### PERSONAJES

SOLEDAD. — HONORIO (*oculto*). — *La sombra de JESUS EL MAGO*

#### ARGUMENTO

Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, mientras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento  
la hermosa Soledad, soñando un día,  
hasta el cielo elevaba el pensamiento,  
arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,  
sus hechizos, con furia idolatrados,  
contemplaba escondido entre unas ramas,  
con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,  
cual toda mente de mujer sin dueño,  
busca ese tipo de ideal belleza  
que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,  
más se aumentaban sus amantes penas,  
y su sangre á torrentes circulaba,  
como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecían  
los ruidos que los céfiros alzaban;  
las sombras que los árboles hacían,  
una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo  
del empíreo hasta el fondo, y de repente  
se destacó sobre la luz del cielo  
el brillo de otra luz incandescente.

Así esperó la noche embelesada;  
cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,  
la presencia sintió, sin oír nada,  
de un algo que llegó, desconocido.

Aun duda; mira más, y ve delante,  
al borde de una nube de colores,  
así como una mancha más brillante  
en un fondó de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,  
cuando ya la visión aparecía,  
salió, como una nota lastimera,  
un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,  
curiosa, aspira á ver, y á verle alcanza;  
pide una imagen de él, y de improviso  
ve cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguía,  
su hermoso sueño le volvía el viento,  
y era el sueño que el viento le volvía,  
espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño  
inquiieren en el cielo sus miradas!  
Y ¡cómo es siempre la mujer un niño  
que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,  
la música del órgano sagrado  
le recordaba el inefable acento  
del amante perdido y no olvidado.

Y sueña más, y al fin, aunque distante  
y envuelto entre vapores todavía,  
se dibujó en las nubes un semblante  
que sonreír á un ángel parecía.

De sus ojos la luz era inefable,  
el contorno gentil, la frente pura,  
y su tez de un color incomparable,  
hecho de luz, de azul y de blancura.

Mientras ve que la imagen vaporosa  
entre el ser y no ser vaga indecisa,  
sobre su boca de marfil y rosa,  
como un rayo de luz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,  
cual de la vida el erial camino,  
soñando Soledad embelesada,  
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer ó pesar lo que la aqueja,  
cuando ve con verdad deslumbradora  
que en un vapor de luces se bosqueja  
de su sueño la sombra encantadora?

¿Era cuerpo ó ilusión lo que veía?  
¿Era aquella una luz, ó era un reflejo?  
Más bien que el mismo cuerpo, parecía  
la reflexión de un cuerpo en un espejo.

Cuanto más la visión se aclara y crece,  
más la verdad con la ilusión se aúna,  
pues que forman su túnica, parece,  
gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creía  
que fuese realidad ventura tanta,  
pulsaban sus arterias, y sentía  
latir el corazón en la garganta.

La forma, Honorio, al ver de un ser humano,  
mezcla de aire, de luz y de tiniebla,  
le asió celoso; mas pasó su mano  
como pasa una mano por la niebla.

Aun Soledad en el tropel confuso  
de mil dudas se abisma; y dulcemente,  
para hacerla creer, la Sombra puso  
una mano de luz sobre su frente.

Pero, al creer su frente profanada,  
el más bello y más casto de los seres,  
— ¡Jesús! — gritó la joven espantada;  
y contestó el fantasma: — ¿Qué me quieres?

## ESCENA II

## La Redención

LUGAR DE LA ESCENA: *El Gólgota.*

## PERSONAJES

JESUS EL MAGO. — SOLEDAD. — HONORIO

## ARGUMENTO

Jesús el Mago cuenta á Soledad y á Honorio que él es aquel joven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de San Marcos, siguió á Jesucristo, después de haber sido preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesucristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, después de la muerte del Dios hombre, bajasen del cielo á la tierra la Penitencia y el Perdón.

Esa visión que á Soledad aterra,  
y llegar de tan lejos parecía,  
¿es tan sólo algún hijo de la tierra,  
ó de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre  
á Soledad y á Honorio de esta suerte:  
«Un discípulo soy de aquel que al hombre  
arrancó de las garras de la muerte.

» Aunque una vez, y con escasa gloria,  
ved ¡cuán lleno de fe se me presenta,  
cuando San Marcos en su santa historia  
la religión del porvenir nos cuenta!

« — Un joven, de una túnica vestido,  
que iba á Cristo de cerca contemplando,  
por los soldados con rigor asido,  
de ellos huyó, la túnica dejando. —

» Y al mirar el Señor tan santo cielo,  
así dijo al mancebo diligente:  
— *Sígueme por la tierra y por el cielo,  
invisible ó visible, eternamente.*

» Yo me llamo Jesús, como el Ungido;  
soy el que huyó, la túnica dejando;  
y porque Dios piadoso lo ha querido,  
me sobreviví á mí, no sé hasta cuándo.

» Todo el mundo sembré de mis consejos,  
y harta copia cogí de desengaños,  
porque son las naciones, cual los viejos,  
que pierden la memoria á fuerza de años.

» El por qué y cómo, de mi Dios amigo,  
bajo mil formas la verdad difundo,  
ya lo sabréis cuando os halléis conmigo  
ya fuera de la vida de este mundo.

» Mi ubicuidad fantástica, de Mago  
me dió el renombre por el mundo entero,  
porque me encuentro donde quiera, y vago  
cual quiero, adonde quiero y como quiero.

» Mas, dejando mi magia y vuestros males,  
oid la ruina del vencido infierno:  
¿qué importan hoy amores terrenales,  
cuando se trata del amor eterno?

» Yo, que la escena del Calvario he visto,  
perdonad á mi celo si os diseña  
la santa muerte de Jesús, el Cristo,  
que á padecer y á perdonar enseña.»

Tras Soledad, Honorio arrodillado  
cayó, como adorando el santo leño,  
pensando en la Pasión, en ese estado,  
que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesús siguió: «Ya, de la cruz pendiente,  
sólo algún fiel de lejos le adoraba;  
y hasta el Gólgota entonces tristemente  
con una fría luz el cielo helaba.

» Y es que al sol, el infierno tumultuario  
de espíritus malignos echa un velo;  
nada se ve distinto en el Calvario,  
ni hay un rincón azul en todo el cielo.

» Los infiernos, que al hombre dominaban,  
porque ocultar su redención querían,  
bocanadas de espíritus echaban,  
que entre nieblas los soles envolvían.

» Yo entonces diligente, en raudó vuelo,  
viendo á mi Dios sobre la cruz clavado,  
descendiendo á la tierra, abrí en el cielo  
una rendija de oro en el nublado.

» La luz filtrada, de la Virgen pura  
tocó la melancólica belleza,  
que en ella se volvió luz de ternura,  
de esperanza, de paz y de tristeza.

» Y al rededor, en círculo inefable,  
más bien que luz, junto á sus sienes bellas  
compusieron un blanco incomparable  
la sombra, el sol, la luna y las estrellas.

» Brillaba así del tiempo en la gran hora,  
de frente maternal fulgor querido,  
mezcla de luz de una naciente aurora,  
y reflejo de un sol desvanecido.

» Tal de la augusta redención del mundo  
alumbró los misterios de aquel día,  
un brillo extraño, virginal, profundo,  
que un ángel le llamó *luz de María.*

» Rodeado de esta luz inmaculada,  
el *¡Consummatum est!* Cristo murmura,  
y ve ante sí, tendiendo una mirada,  
la soledad, el odio y la amargura.

» Bendice con su vista al mundo entero;  
le da un beso mental, suspira y muere.  
El verdadero amor, si es verdadero,  
besa, al morir, la mano que le hiere.

» Caído Adán, la Muerte y el Pecado  
un puente hicieron con un caos sin nombre,  
para pasar al mundo, condenado  
á ver la eterna esclavitud del hombre.

» La Muerte estéril y el Pecado inundo  
á la tierra infeliz por él pasaron,  
forjando las cadenas con que al mundo  
desde Adán hasta Cristo aprisionaron.

» Los ángeles, también, en dos hileras  
fabrican con las manos otro puente:  
por la espalda tocándose ligeras  
sus alas se acarician dulcemente.

» El Pecado y la Muerte en aquel día  
ven el puente cruzar, desvanecidos,  
que desde el Padre al Hijo relucía  
como un río caudal de astros fundidos.

» Los unos de los otros frente á frente,  
en dos filas los ángeles formados,  
van por el éter fabricando el puente  
sobre nubes de luz arrodillados.

» Y por detrás sus alas rutilantes  
irradian con variados arboles  
un iris de riquísimos cambiantes,  
más bello que los iris de los soles.

» Del puente aquel que la región vacía  
desde el cielo á la tierra circunvala,  
forman al fin las manos de María  
el último peldaño de la escala.

» Desde la cruz al alto firmamento  
brilla el puente de palmas celestiales  
con tal fulgor, que verlo ni un momento  
podrían, sin cegar, ojos mortales.

» La Penitencia y el Perdón bajaron  
esta escala de luz en aquel día,  
y sus ojos á un tiempo se alumbraron  
con brillos de dolor y de alegría.

» Triste por él la Penitencia avanza;  
sigue el Perdón detrás meditabundo:  
en sus frentes brillaba una esperanza,  
mas no era una esperanza de este mundo.

» Y besan, al bajar, el pie sagrado,  
el uno tras del otro, reverentes,  
de aquel que trajo, de la cruz clavado,  
el reinado de Dios entre las gentes.